

Nuestros Pobres Libros

por *Sebastián Salazar Bondy*

Pocas cosas revelan tanto la precariedad de la vida intelectual peruana que el aspecto exterior de nuestros libros. Ellos parecen hechos con un barro triste y opaco. Tintas, papeles, cartones, hilos, gomas, todo lo que constituye el indumento de una novela, un ensayo o un texto para el estudio, denuncian una pobreza conmovedora. Ningún libro peruano nos invita a desplegar sus páginas. Acudimos a él más por interés o compromiso que por suerte de la seducción turbadora que ejerce una edición desconocida. Nuestros libros no son objetos decorativos. Son modestos vehículos por medio de los cuales nuestros escritores intentan difundir sus ideas a un público indiferente que "pasa y no dura".

No hablo, se entiende, de los contenidos. Me refiero únicamente a la prestancia que el lector moderno exige de la envoltura libresca, de la cual nuestras publicaciones carecen. Hay cierta sensualidad en los materiales y la impresión de cualquiera de las ediciones que nos vienen del exterior y que tanto frecuentamos. Las yemas de los dedos y las pupilas del "amateur" suelen saborear, si la expresión cabe, el grano del papel, la nitidez de la tipografía, la delicadeza de los colores. Y el libro fuera de nuestras manos, abandonado sobre nuestra mesa de noche, puesto entre otros varios en el estante de nuestra biblioteca u olvidado en un rintero polvoriento suele recordarnos su presencia con silenciosa elocuencia. Desde el escaparate de una librería nos llama insistente, sin más evidencias que las de su título autor, género y calidad de la edición. Advierto que tampoco aludo a las publicaciones de bibliófilo, a esa aristocracia del cuero fino, el papel exquisito y la tipografía única, que tiene un tiraje limitado, lleva número y firma como certificación de su singularidad y luce ciertos aderezos delicados como los fillos áureos y el marcador de seda. Estas entran ya en los terrenos de la joyería. Se trata aquí del libro corriente, de ese que adquirimos en un instante de debilidad con los últimos soles de nuestro monedero. Ese libro que subrayamos y anotamos al margen con letra menuda y nerviosa, al calor de la disputa o el acuerdo que nos separa o nos une al autor. En este buen amigo es en el que ahora pienso.

Si comparamos un libro argentino, mexicano e inclusive chileno con uno de los nuestros, la industria editorial peruana queda mal parada. Salvo excepciones —ciertos libros que el editor o el autor cuidan especialmente—, nuestras imprentas se han empeñado en usar las orlas que hacían estremecer de emoción a los "modernistas", los tipos llenos de chirimbolos que eran la elegancia de los avisos del "Bálsamo de Zuda", las viñetas con amorcillos y

flores que correspondían al auge de los encajes y los tules, es decir, todo el arsenal de la más antigua caja de composición. Mas no está en crisis únicamente el gusto. Cuán común es darse con la impresión descolorida, que manifiesta la vejez de las prensas en que el libro se hizo, o con las letras movidas u horadadas que dramáticamente expresan que el cáncer del tiempo ha hecho mella en el plomo. Luego, el desorden. Nuestros libros comienzan sin las previas páginas de advertencia, sin los índices necesarios, sin los datos fundamentales que predisponen a una mejor comprensión del texto. Se desencuadernan al primer movimiento brusco, se despintan, se pican, se manchan, se arrugan. Con mucha frecuencia, la guillotina ha cercenado parte de las páginas o el orden de los pliegos ha sido trastocado por el encuadernador. Después de su uso quedan desmedrados parientes, vergonzantes de los otros que guardamos porque nos estimularon, nos enseñaron o nos contradijeron inteligentemente.

¿A qué se debe que el libro peruano no haya alcanzado un nivel correspondiente al progreso de nuestra vida económica? Primero, a la falta de espíritu de superación de parte de los industriales de la especialidad. La pobreza técnica revela falta de imaginación, de interés y de amor al oficio. Se ha caído en la rutina, y de la rutina a la muerte hay un paso. Segundo, a la timidez industrial, al poco deseo de arriesgar y, por ende, de triunfar. Nuestros industriales han querido siempre las inversiones seguras y opimas. Ninguna empresa ha querido ser una aventura. Tercero, a la escasa demanda. El público lector peruano ha sido, y es desafortunadamente, desconfiado hacia la obra de sus escritores, investigadores y hombres de ciencia. Ello es una forma del "complejo de inferioridad" que siempre nos ha dominado. También, es cierto, se trata de un fruto de la incultura media. Por último, a la pequeña producción de nuestros intelectuales, a su terrible pereza. Es proverbial que nuestros escritores son sólo autores de folletos. ¿Cuántas glorias no descansan en más de cincuenta o cien páginas? Estas cuatro razones y alguna que otra más son suficientes para explicar el fenómeno que nos preocupa.

Aquí están nuestros pobres libros. La generalidad de la gente se jacta de los edificios monumentales, de las pistas amplias y cómodas, de las potentes maquinarias, de las armas del ejército, de todo aquello que es testimonio del adelanto nacional. Esa gente no ha pensado jamás en la indigencia de nuestros libros. Y esto se debe a dos motivos: o no se lee o, si se lee, no importa qué ni cómo, lo cual es lo mismo que no leer. El hecho no es precisamente alentador...